

CHANTAJE



Ladislao Aguado (La Habana, 1971) es un escritor y periodista cubano. Ha publicado los libros *Un adiós para Violeta* (Premio «Gabriel Sijé» de novela, España, 2007), *Zona de silencio* (Premio «Hipálage» de poesía, España, 2006), *Abril de whisky y viernes en las rocas* (Premio «Cuentos de Invierno», España, 2001), *Al final de las tardes todas* (poesía, México, 1998) y *Cantar Cansa* (poesía, Cuba, 1995). Ha trabajado como director editorial de la revista de arte *La gaveta*; del magazine cultural *Otrolunes*, y de *Spanorama*, la publicación a bordo de la aerolínea Spanair. Dirige la editorial Hypermedia.

Ladislao Aguado

CHANTAJE



- De la presente edición, 2014:
- © Ladislao Aguado Morillas
 - © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
Sede social: Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Edición: Gelsys M. García Lorenzo
Diseño de colección y portada: Roger Sospedra Alfonso

ISBN: 978-1500256685

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Hay gente que se hace a la mar con una brisa suave y atraviesa el océano: así hace, pero no lo atraviesa. El mar no es una superficie. Es un abismo de arriba abajo. Si quieres atravesar el mar, naufraga.

Meister Eckhart

Our meeting here is only by way of a memorial for an old life lost.

Richard Ford

UNO

Maite y Giorgio los esperaban en el apeadero de Anthéor Cap-Roux. Los dos iban con pantalones cortos y camisas blancas. Sonreían. Y Maite sonrió aún más cuando vio a su prima correr hacia ellos. Orestes la seguía con las maletas. Giorgio lo alcanzó. Bienvenido a la Riviera. Y le estrechó la mano. Luego besó a Olga, la abrazó y los cuatro caminaron hacia el aparcamiento.

Él se mantenía delgado y, aunque ya tenía el pelo blanco, seguramente no cumplía los cuarenta y cinco. Ella tampoco.

Giorgio guardó el equipaje y la tienda de campaña en el maletero del Passat. Una vez en el coche, preguntó si les había costado coger el tren en Niza. Niño, a ver, ¿tú me conoces?, dijo Olga, ¿cuándo has visto que yo no llegue a una fiesta? Los otros rieron. Lo digo de verdad, fue fácil, aunque acá el amigo estaba como el guajiro que se ha perdido en La Habana, ¿o no? Orestes alzó los hombros y procuró mirar hacia la calle. Al otro lado de la ventanilla del Passat —se daba cuenta— se hablaba otro idioma. Era como haber pasado página y entrado a un mundo nuevo. Un mundo, donde las cosas no solo tenían nombres diferentes, sino donde sus palabras —las que él había usado toda la vida—, no servían de mucho, eso, por no atreverse a decir, que no servían de nada. Y no quiso imaginarse lo que sería llegar solo a un sitio como aquel. ¿En cuánto tiempo aprendemos un idioma a los cuarenta años? Giorgio los miraba por el retrovisor. He dejado unas cervezas en el frío y seguro ya están, como dicen ustedes, que se parten. Porque con este calor no apetece otra cosa, ¿a que no? Mami seguro que las bajó para que no se congelaran, dijo Maite, porque nosotros salimos hace un rato y ya sabes cómo es ella: que no se pierde una. Por cierto, dijo Olga, ¿tía cómo está?, que no te he preguntado. ¿Mami? ¡Encantada!, que te lo diga Giorgio. ¡Mejor que nunca!, dijo él.

Orestes volvió a mirar hacia la calle. Las casas iban de un color pastel al otro, como si estuviera prohibido gritar y los vecinos se hubieran puesto de acuerdo para guardar la calma. Solo el azul del mar y el verde de los jardi-

nes interrumpían tal silencio. Ah, los quiero advertir, dijo Giorgio, las medusas no están dejando nadar, así que ¡ajo! En todos sus años en la Riviera él nunca había visto algo así. Era una plaga. Y si esto es aquí, dijo Maite, ya se pueden imaginar cómo será en el resto del Mediterráneo, con toda la mierda que lanzamos a diario. Es una lástima, dijo Giorgio, pero este mar terminará convertido en un charco de aguas albañales. Lo había leído no hacía mucho: el ochenta por ciento de los peces se ha ido al carajo y tampoco hay biomasa, ¿entonces de qué cojones estamos hablando? A pesar del acento, Giorgio hablaba muy bien el español. Así daba gusto. Maite se ladeó en el asiento y se volvió hacia ellos. Antes, todos los días, yo salía a nadar un kilómetro, pero este verano imposible, salí tres veces, y las tres veces las medusas me llenaron de quemaduras. Lo que tú dices, dijo Olga, si aquí en la Riviera está así, imagínate de Italia para allá. Ahora, lo que sí está bien y nosotros ya tenemos pensado ir, es el Mar Negro. Aquello hay que verlo, dijo Giorgio, vale mucho la pena. ¿De verdad?, dijo Olga. De todas formas, aquí, con un poco de suerte y un coche todavía encuentras alguna playa; solo que ya no es lo mismo.

La calle terminaba en una cuesta. Por delante, cruzaba una carretera salpicada de tiendas y restaurantes. Allí es donde Giorgio compra las ostras, dijo Maite mientras señalaba a su derecha, hacia una pescadería pintada de azul y blanco. Ya vendremos, dijo él y aceleró y giró hacia la otra mano. Este —y la voz de Maite sonó agrietada— es el bulevar Eugène Brieux, pero según Giorgio, es la misma Via Biancheri que llega hasta el puente de Ventimiglia, ¿es así, amor? Sí, lo que por el camino va cambiando de nombre cada dos kilómetros: algo típico francés. Y les sonrió desde el espejo.

Maite llevaba tres pendientes en la oreja izquierda y por su cara uno podía pensar que estaba en la vida por pasar el tiempo. Orestes evitó mirarla. Por cierto, ¿quién canta? Jorge Drexler, dijo Giorgio, ¿lo conocen? Me suena, sí. ¿Y esa música se escucha en Italia?, dijo Olga. Yo le he producido algunos conciertos y se va conociendo algo más, sobre todo después que ganó el Oscar con *Al otro lado del río*. Esa canción es preciosa. Y que lo digas, dijo Maite. El sol acentuaba el verde plomo del capó. Por cierto, dijo Giorgio, vive en Madrid.

El coche se detuvo sobre la carretera. El clic de los indicadores acompañaba la música. Aquí es, dijo Maite y señaló hacia una reja corrediza que ya se abría. El edificio estaba pintado de un amarillo muy claro. Las puertas de los apartamentos daban sobre un pasillo de losetas rojas que olía a comida. La madre de Maite salió a recibirlos. Era una mujer tan alta y delgada como su hija, vestía un bañador y se cubría las piernas con un pareo. Orestes se

fijó en sus brazos, no eran más anchos que las muñecas y parecían tubos. Le decían Cuquita y era la prima del padre de Olga.

Una vez dentro sorprendía la claridad. El apartamento terminaba en una terraza sobre la carretera, separada del salón por unas puertas de cristal. Si mirabas hacia ella, primero tropezabas con una mancha de luz blanca y después, no bien el resplandor se hacía a un lado, encontrabas el azul del mar. Era como estar viendo una pantalla de cine. Orestes cruzó hacia el fondo y salió afuera. La brisa golpeaba contra los toldos. Se apoyó en la barandilla y procuró no parecer emocionado, pero sí que lo impresionaba la profundidad de aquel azul, y sobre todo el contraste con el rojo terroso de la costa. Nunca había visto un mar así.

Giorgio trajo un cubo con hielo y una botella de vino, pero no la abrió, solo dejó el cubo y volvió dentro y regresó con un par de cervezas. Le ofreció una a Orestes y le señaló una silla al otro lado de la mesa. Bienvenido a mi casa. Los dos se sentaron y entre ellos, como la escenografía de un banquete, quedaron los platos, los vasos, las servilletas. La vista es genial, dijo Orestes. Giorgio sonrió. Estas son todas mis vacaciones. Nosotros tenemos dos pisos, este y justo el de aquí abajo, pero este es mi castillo, ¿sabes por qué?, porque ese mar de ahí no tiene precio. ¿Has escuchado que los elefantes regresan a morir donde nacieron? Yo no nací aquí, pero se lo tengo dicho a mi hija, si no puedo hacerlo por mí mismo, que por favor no me deje morir en Torino.

Orestes miró sobre la barandilla y vio un patio de losetas rojas como las de la entrada y una tumbona. ¿Y el otro apartamento? Lo tienen mi madre y mi hija para ellas, a las dos les encanta vivir sin que los demás las molestemos. Y Giorgio sonrió otra vez. Es increíble lo que se parecen.

Desde el salón llegaba la música de la película *Buenavista Social Club*.

¿Y tú trabajas como productor? Giorgio miró al mar. Promocionamos *world music*, ¿sabes lo que es? Pues eso hago. Olga me contó que tenías una discoteca. Con dos amigos, sí, pero ahora mismo me importan más otras cosas y, sobre todo, ya no me divierto. Nightmoves se ha convertido en un trabajo y cuando eso pasa es un buen momento para recoger tus cosas y largarte, ¿no te parece? ¿Y la producción? Siempre ha sido un sueño, ¿sabes?, un sueño que se ha vuelto real y luego tengo algunas ideas, tal vez abra una pequeña discográfica, pero aún no sé, todo está por ver. Dicho en cubano: de momento, voy tirando.

Giorgio se levantó, entró al salón y regresó con una caja de puritos Montecristo. ¿Te apetece uno? Ya no fumo, pero un día es un día, ¿no? Pues claro, hombre. Y Giorgio le acercó los cigarros y un paquete de cerillas.

Delante de ellos, siguiendo la carretera hacia las montañas, se alcanzaba a ver un puente y un edificio beige sobre el que flotaba en unas letras gruesas y negras el letrero de *Hotel*. ¿Y con qué artistas trabajas ahora? ¿Conoces a Khaled? No. Pues tengo algo con él, algo con Drexler y algunas propuestas para los *World Music Days*, en Hong Kong. Después del hotel, el paisaje quedaba vacío. Aparecía el mar.

Las voces de las mujeres a ratos saltaban sobre la música.

El tabaco le dejaba un sabor agrio en la boca y francamente necesitaba otra cerveza. Hizo que se servía de su lata ya vacía, pero no consiguió que Giorgio se percatara del gesto. De pronto, sus ojos se incrustaban en ese paisaje que podía quedar a sus espaldas y hacia el que Orestes evitó volverse. Miró entonces hacia la carretera y volvió a fumar. Al cabo, como si hubiese contado hasta diez, dijo: ¿otra cerveza? Giorgio regresó de donde pudiera estar, alzó su lata y sonrió. Yo estoy bien. Orestes entonces hizo por levantarse, pero el otro lo contuvo. Tranquilo, dijo, ya voy yo. Y fue hacia la cocina.

Por unos instantes el silencio pudo con todo y Orestes lamentó haber pedido esa cerveza de más, pero hizo por no pensar en los detalles. Piensa en el azul, se dijo, y al hacerlo se dio cuenta de lo lejos que ahora mismo quedaba su vida de aquel lugar. Y sin quererlo, como si actuara en contra de su voluntad, pensó en sus padres y en la casa de Santa Cruz de los Pinos. La única casa en el mundo que podía llamar suya. Y sintió lástima, una lástima profunda y también un poco de vergüenza. Qué era el mar para ese par de viejos, si no unos caminos interminables hasta una playa a la que llamaban Dayaniguas, que en verdad no era un mar, sino un charquito verde y fangoso, envuelto en el zumbido de los mosquitos, como una laguna.

Agradeció la cerveza y luego de un par de sorbos, le preguntó a Giorgio por ese puente entre las montañas. Pues justo debajo, está el campismo donde ustedes tienen reservado, es un sitio bonito, les va a gustar. Orestes sonrió. Seguro. Y al decirlo, se dio cuenta de que nunca, ni siquiera cuando vivía en Cuba y eran tan populares, él había estado en un campismo. Tampoco, en un hotel. La gente entonces no solía moverse mucho, no al menos la que él conocía. No te puedes imaginar, dijo Giorgio, la de músicos cubanos que han pasado por Nightmoves. Él lo miró. Yo creo que todos, fíjate. El humo de un nuevo cigarro le cubrió la cara y Giorgio contó con los dedos: Paulito, Manolín, Adalberto, Isaac, los Van Van, Compay, Ibrahim, Eliades, Revé, David Calzado y no sé ¡hasta el Guayabero!, para que veas. Casi todos. Si te lo estoy diciendo, Torino ha bailado conmigo. Giorgio llevaría un par de días sin afeitarse y la barba le oscurecía el bronceado.

Yo recuerdo —Orestes se revolvió en la silla y bebió un poco más de cerveza— un programa de televisión de por la tarde, allá en Cuba, en el que entrevistaron a alguien, que se quejaba de que los músicos cubanos salían al extranjero, tocaban en cualquier bar de mala muerte y al regreso había que escucharles el cuento de que habían actuado en no sé cuántos grandes escenarios y la gente se lo creía, claro. Mencionaban a unos empresarios italianos que, decían, estaban haciendo su agosto con la música cubana, ¿no serías tú uno de ellos, no? Giorgio procuró sonreír y se restregó una mano contra la barba. Seguramente, dijo, porque en esa época yo contra-ataba bastante. Ahora, de ahí a que mi discoteca sea un bar de mala muerte, no lo creo. Tal vez la veas algún día: te va a asombrar. Hombre, no es eso lo que quise decir. Lo sé, lo sé, solo aclaro tu comentario.

Giorgio cruzó una pierna sobre la otra y miró otra vez hacia ese *algo* detrás de Orestes. Yo llegué a La Habana, fíjate, en febrero del noventa. No conocía Cuba, pero de los tres socios que somos en la empresa, el único que hablaba español entonces era yo y por eso fui. Mejor dicho —y sonrió—, me mandaron. Y créeme que no me gustó lo que vi. ¿Qué podía pedir a cambio de un contrato para actuar dos meses en Italia, en un país ocupado por la miseria? Hay cosas, como las buenas oportunidades, que en las crisis pierden su valor y la gente lo puede dar o perder todo por conseguirlas. En economía eso se llama inflación, pero en la vida tiene otros nombres y sabes lo peor, que el olor de la sangre llama a los lobos. Yo siempre traté de ser justo y ni siquiera a Maite la traje de allá, la encontré en Torino, fíjate tú, sola y recién divorciada de un grandísimo hijo de puta italiano. Giorgio hacía por sonreír. Se sirvió el resto de su cerveza y dejó caer la ceniza dentro de la lata. Por lo menos te ahorraste ese viaje. Giorgio sonrió al fin. Pero con el tiempo me ha salido igual de cara, no creas.

Olga llevó la ensalada a la mesa. ¿Me ayudas? ¿Qué hago?, dijo Orestes. No sé: trae el pan. Giorgio mantuvo la sonrisa y atrajo a Olga hacia él. ¿Te gusta mi terraza? Orestes se levantó, le dio un sorbo rápido a la cerveza y dejó la mesa. La vista es preciosa, ya se lo decía a Maite, esto aquí es vida. Orestes estaba por entrar al salón, cuando Cuquita vino hacia él con una cazuela de barro que humeaba. Se apartó y miró dentro. Parecía pescado en una salsa como mayonesa. Luego Maite pasó con el pan. Ya está todo, le dijo.

Giorgio se hizo con la botella de vino, la abrió y en el brindis volvió a desearles unas felices vacaciones. Maite entonces los invitó a servirse, ellos primero.

¿Qué te parece el *rosé* de los franceses?, dijo Giorgio al rato. Hombre, muy bueno, dijo Orestes, aunque era la primera vez que probaba un vino

rosado y de hecho, una de las pocas que tomaba vino sin gaseosa. Los franceses, y eso hay que admitirlo, tienen muy bien guardado el secreto de este vino y a diferencia de los rosados italianos y españoles es muy agradable. Los hay exquisitos, sin dudas. Ahora, yo no conozco nada que los acompañe mejor que las ensaladas de mi mujer. Maite sonreía.

De repente el aire olió intensamente a mar, pero no con ese olor a azufre que él solía confundir con el olor del mar, sino con un olor diferente, como el del sargazo cuando aún no se ha podrido en la orilla. Así olía. Orestes volvió a servirse vino. ¿Qué tiene la ensalada?, dijo, está muy buena. Honor que me haces, dijo Maite, porque Giorgio siempre cobra sus elogios. *Payment in kind*, un método tan antiguo y fiable que no deberíamos plantearnos otro, ¿qué me dices, Orestes? A ver, pues tiene, dijo Maite, brotes de lechuga, albahaca, salmón, canónigos, tomates cherrys y cumatos, pasas, queso de cabra y alcaparras. Solo eso. Joder, prima, ¡solo eso?

La brisa se hizo más intensa y el ruido de los toldos se unió a la música, a la conversación.

Orestes se recostó a la silla y respiró hondo. Los otros lo miraron. ¿Estás bien?, dijo Giorgio. Sí, no te preocupes. ¿Estás mareado? Olga sonrió. Eso es susto; con el de hoy, este fue el segundo avión de su vida, ¿no? Si desde que llegó a España todavía no había ido a ninguna parte. Cuántos años te pasaste indocumentado, por lo menos tres, ¿no? Orestes intentó no pensar. Unos cuantos. Ya ves. Los papeles se los hice yo, por la tienda. Hiciste muy bien, dijo Cuquita. Todo por traerme el guajiro a la Riviera, quién me lo iba a decir. Es lo que tiene, dijo Giorgio. Hija, pero por algún viaje se empieza siempre, dijo Maite, ¿o tú naciste aquí? Oye, que era broma, dijo Olga. Él la miró y sintió ese calor en las orejas, sobre la cara.

El pescado era bacalao y estaba hecho al pilpil. Maite explicó que se hacía con ajo y aceite, liando la salsa, sí, como una mayonesa, efectivamente. Y Orestes no supo en qué momento de sus vidas los demás aprendían tales cosas, cómo conseguían llegar a ellas. Él se había licenciado como profesor de Artes Plásticas. No por ningún motivo en especial, que para la pintura ya sabía de sobra que no tenía talento, sino porque fue la única carrera a la que consiguió llegar: no tenía notas para más. Se graduó con una escultura, mientras pensaba que él era un fotógrafo, es decir, alguien con la sutileza suficiente como para conseguir la misma imagen que un pintor, sin pasar por la necesidad de copiarla. Y había leído algunos libros, visto un poco de cine y durante un tiempo había intentado estudiar música, pero en ninguna ocasión de su vida había tropezado con una asignatura o un manual que explicara cómo disfrutar de ella. Su vida y las vidas de quienes habían esta-

do a su alrededor, casi siempre terminaban en palabras tan poco divertidas como «esfuerzo», «sacrificio», «austeridad». De eso él sí sabía bastante, pero se daba cuenta de que ese no era un buen tema en ninguna mesa.

Salió de Cuba a los treinta y cinco años, y para su sorpresa, comprobaba ahora, estos años no lo habían cambiado. Aún era el hijo de Nieves y Natalio (su padre era camarero en el restaurante de Los Pinos) y el hermano menor de cinco mujeres. Entre sus platos favoritos estaban el arroz con frijoles negros, la yuca frita y el pollo ahumado. Y su bebida era la cerveza.

Maite llevó a la mesa otra botella de vino y una bolsa con quesos. Dejó frente a Giorgio una tabla y un cuchillo que parecía solo de metal. Para el que no quiera, dijo ella, tengo helado. Prima, está muy bien así. Orestes asintió. Perfecto. Y todos se quedaron viendo cómo Giorgio deshacía los envoltorios de papel, colocaba las piezas sobre la tabla y las iba separando en pequeñas porciones. Nadie hablaba, como si nunca antes hubieran visto cortar queso.

Él bebió y regresó la vista al mar. En la carretera, a lo mejor por la hora, ya se notaban los coches y el ruido de los motores interrumpía el paisaje.

¿Una casa aquí cuánto podrá costar? Olga lo miró. Orestes, por favor. No tiene importancia, dijo Cuquita. Giorgio terminó de masticar un trozo de queso. ¿En venta o en alquiler? ¿Tú alquilas esta? Olga se levantó y recogió la ensaladera. Estás irreconocible, le dijo y se marchó a la cocina. No le hagas caso, dijo Maite, tú pregunta lo que quieras, que ya te lo ha dicho mi madre: estamos en familia. No quería, dijo él. Nada, tú a lo tuyo. Sí, solemos alquilarla, dijo Giorgio, como te decía hace un rato, nosotros venimos veinte días en agosto y el resto del año, aunque no lo creas, está cerrada. ¿Y la semana a cómo sale? A ochocientos, pero solo en verano, porque en invierno aquí no viene ni Dios. ¿Y si la vendieras? Giorgio sonrió y Cuquita y Maite lo imitaron. No son baratas, es lo único que te puedo asegurar, el precio no lo sé. Maite le acercó una vez más la tabla con el queso. Ese oscuro, le explicó, está curado en ceniza y es uno de mis preferidos, te a va a gustar.

El vino al sol sentaba pesado, pero fue un viaje corto, no más que a quinientos metros de la casa, hasta el puente del ferrocarril. Justo debajo estaba la entrada al campismo. Luego, una pequeña carretera llevaba hasta una tienda que hacía las veces de oficina.

Habló Giorgio, en francés.

Del otro lado del mostrador los atendía un hombre con el pelo amarillo y rizado como si usara rolos. Giorgio dijo que ellos eran cubanos, que esta-

ban de visita y que además tenían una reservación, ¿podía comprobarlo? O no, quizás no dijo exactamente algo así. Él solo entendió la palabra *cubaine* y supuso el resto. El hombre les sonreía. Abrió una carpeta y siguió una lista de nombres. El de Olga era de los últimos.

Los documentos, dijo Giorgio y esperó frente a ellos como un agente de aduana. Él entregó su pasaporte cubano y Olga el suyo, español. El francés miró por encima de los documentos y luego se entretuvo más con el de Orestes. En algún momento dijo *Castro, Havane, cigares*. Aún sonreía. Ya tienen un amigo, dijo Giorgio. ¿Por? Dice Jules, que él estuvo en La Habana en el setenta y nueve, cuando un festival de la juventud y que desde entonces fuma puros cubanos, ¿que si han traído algunos? Dile que venimos de Madrid, dijo Orestes y también sonrió. Ya lo sabe, dijo Giorgio, era una broma.

Olga firmó la reserva y pagó. Junto con el cambio, el hombre les entregó una chapilla con un 22 escrito en pintura negra. ¿Y eso qué es? El número de la parcela, dijo Giorgio, la tienen que devolver al marcharse, ¿el sábado, no? ¿Tienes prisa? Olga sonreía. Para nosotros es un gusto y lo sabes. El hombre fue hacia un armario al fondo de la habitación y sacó una extensión para corriente y se la colgó al hombro. Luego volteó el mostrador y vino hacia ellos. Nos vamos, dijo Giorgio y se adelantó hacia el coche por el equipaje. Orestes lo siguió. La tienda donde iban a dormir era solo un tubo atado a una de las maletas.

Tomaron por una calle estrecha que subía hacia las montañas. Giorgio y el tal Jules iban delante y conversaban. Las mujeres los seguían. En una parcela, a la derecha, estaban aparcadas las autocaravanas. Más de treinta, seguro. Eran como casas. Algunas tenían hasta su portal y un jardín de hierba artificial. De las ventanas de otra, colgaban un par de maceteros con flores rojas. Subieron por unas escaleras a una grada de tierra junto al muro del campismo y una vez arriba, Giorgio se ocupó de las instrucciones. De aquí hasta allá, dijo y señaló unas marcas dibujadas sobre el muro, es de ustedes. Sobra, dijo Orestes. Yo cumplo con avisar —Giorgio sonrió— para eso me pagan. Y así debió de contárselo al otro, porque los dos rieron. Orestes cruzó la mirada sobre las autocaravanas. Sí, jodía muchísimo que alguien hablara por ti. La electricidad, continuó Giorgio, se toma de esos cuadros. Y señaló hacia unos muretes que se repartían a lo largo de la calle, como los postes de una cerca. Para el agua había fuentes en todo el campismo y en la cafetería, claro. Los baños eran aquellos techos al otro lado de esas roulottes. Todos miraron hacia donde decía Giorgio y sí, cruzando por encima de todos los árboles, como incrustados en la ladera de una montaña, aparecían unos techos rojos.

El hombre se acercó a ellos y les ofreció la mano. Él se marchaba. Feliz estancia, dijo en español. Gracias, dijo Orestes y se ocupó de desembalar el equipaje. En algún momento vio al tal Jules regresando calle abajo. Caminaba con una especie de trote, como si llevara prisa.

La tienda de campaña la compró Olga de oferta en un supermercado. Según la etiqueta era para cuatro personas. Pero una vez abierta se veía bastante pequeña. Los colores eran todo lo feo que se podía esperar: azul ceniza y gris. Y armarla, según las instrucciones y aunque Orestes nunca había armado una, no debía resultar difícil. Según aquel papel, la tela llevaba unos dobladillos por donde había que pasar unos flejes de acero, que venían doblados como bastones de ciego. Después, solo había que asegurar los extremos a unas estacas de plástico. Y sí, funcionaba, aunque conseguirlo le costó algo más de trabajo de lo que decían las instrucciones, pero al final allí estaba la tienda en medio de aquel jardín que no conseguía ser verde, como una casita de perros. A su alrededor todo era la Riviera francesa.

Metieron dentro el colchón de aire que Olga había comprado, porque a ella los sacos de dormir le daban claustrofobia y primero Orestes, después Giorgio y finalmente Maite y Olga, lo hincharon a patadas con una bomba de pie, comprada el mismo día y en el mismo supermercado que todo lo demás. Hacía calor y el ejercicio los hacía sudar. Orestes bajó hasta la calle y conectó la extensión. Coló el otro extremo por uno de los respiraderos de la tienda y se metió dentro. El colchón se movía hacia los lados como una balsa de playa. Enchufó a la corriente una pequeña lámpara, una de esas que traen las bombillas enjauladas, y la sujetó al techo. Entonces le pidió a Giorgio que le alcanzara las maletas. Dejó una a cada lado de la puerta y antes de salir miró a su alrededor. La claridad era una penumbra del mismo color del agua después de lavar muchos pinceles.

Caminaron en parejas hacia la salida del campismo. Giorgio iba a su lado, pero apenas si dejó escapar alguna frase. No parecía que estuviera pasándola bien después del trabajo de la tienda. ¿A quién se le ocurría venir aquí y de ese modo? El viaducto adelantaba una sombra pesada sobre la carretera. Antes de subir al coche, Maite dijo que los esperaban a las nueve. Te quiero, prima. Orestes sintió la mano de Olga entre la suya. El Passat giró despacio frente a la tienda. La vamos a pasar bien, ya verás. Giorgio les hizo un gesto con la mano y aceleró. El motor dejó un golpe de humo y el ruido de un espasmo. Te invito a una cerveza, dijo Olga, ¿te parece?

Se sentaron en la terraza de la cafetería. La brisa arrastraba un zumbido de insectos del fondo del campismo. El camarero los saludó en francés. Ellos se miraron y Olga dijo en español, yo quiero algo sin alcohol. *Coca*

Cola light, please. ¿Coke? Yes, yes. ¿Y tú quieres una cerveza? A beer, dijo él. El chico asintió.

Orestes miró hacia la carretera. Al otro lado de la barrera metálica, el mar era una franja violeta antes de tocar el cielo.

El camarero regresó y dejó sobre la mesa el refresco y una botella de agua. Orestes lo miró. No, no, dijo. Pero ya lo sabía, las palabras, definitivamente, se volvían inútiles e hizo un esfuerzo. *Please, a beer, no water.* El camarero señaló hacia la mesa. *This's ok, this's E-vian. ¿Qué? You asked me one Evian water.* Olga reía. *Excuse me, one beer, please. One beer?* El chico sacudió la cabeza. *Ok. Sorry,* dijo Orestes, *one Heineken, please.* Joder, tío, dijo Olga, tu inglés sí que es malo; mucho peor que el mío. ¿Y qué? Pero como me dijiste que no me preocupara. Yo solo dije que de hambre no nos íbamos a morir, nada más. Ese pobre —y Olga miró hacia la cafetería— no sabe la cantidad de viajes equivocados que todavía le quedan. ¿Y quién se lo va a contar, tú? ¿Estás molesto? Para nada, dijo él e insistió en mirar hacia el mar.

El chico se acercó con la cerveza. *Please* —Orestes abrió una mano y se la mostró— *in five minutes other Heineken, ¿ok? Ok.* Y el chico les sonrió casi al mismo tiempo que los dejaba solos. Olga lo imitó y su sonrisa quedó en el aire, suspendida, como si aquel no fuera su lugar. Quizás no estemos tan mal aquí, dijo. ¿Y por qué íbamos a estarlo? No es eso, pero tal vez hubiésemos podido estar mejor. A mí me gusta. Ella iba con un vestido largo y verde. Él se pasó una mano por el pelo y lo sintió graso. El lugar es bonito. Lo es —ella se descalzó y subió los pies a una silla—, ¿pero sabes qué creo? No. Que las cosas habrían podido ser muy distintas. Pero son así, ¿y qué más da?, se trata de ser felices con lo que tenemos, ¿tú lo eres? Olga echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Ahora mismo sí.

¿La escuchas? Sí, dijo él. ¿Quién será? Ni idea, ¿cómo quieres que lo sepa? Pero tiene bomba. Orestes miró al cielo, todavía azul, sin nubes. ¿Y eso cómo lo sabes? Joder, tío, porque lo siento; una voz así termina por metérsese dentro, ¿a ti no te pasa? Lo tuyo son las americanas, ¿no? Sí, dijo Olga, y de los ochenta, ¡esas son las mías! En la piscina aún quedaban niños y los padres los vigilaban desde las tumbonas o sentados en el borde con los pies colgando dentro del agua. La gente allí parecía a gusto. Él también lo estaba.

Alguna vez había pensado que nacer en las afueras de un pueblo, sin otra importancia que servir de parada a los ómnibus que hacían los doscientos kilómetros entre La Habana y Pinar del Río, le había quitado horizontes a su vida. Después, el tiempo le había ido mostrando otras verdades y de algún modo, sobre todo si se comparaba con sus hermanas ya casadas, con hijos y

a punto de envejecer, él había llegado adonde ellas ni siquiera imaginaban que fuera posible llegar. Ahora mismo, si pudieran verlo, se estarían preguntando qué lugar era este, en qué país estaba su hermano y por asombrarse se habrían quedado con la boca abierta mirando la altura de ese puente, el equilibrio que parecía hacer entre las montañas. Ellas no se lo podrían imaginar, nunca habían visto un puente así y a lo mejor hasta les daba miedo que el tren pasara por allá arriba, tan alto y como sobre un hilo.

No te molestes por lo que voy a decir, dijo Olga, pero en otros tiempos las cosas hubieran sido diferentes. Orestes sintió un temblor en el estómago, bebió y buscó con la mirada al camarero, pero no lo encontró. No entiendo. Es algo que no se me va de la cabeza y tengo que decírtelo o me ahogo. Pues hazlo. Cuando yo vivía en Tenerife y todavía estaba casada con Chema Arzuaga, estos iban dos veces al año a visitarnos. ¿Estos, quiénes? Maite y Giorgio. ¿Y? Allá se pasaban semanas, tío, y Chema siempre los alojaba en su hotel, siempre ponía un coche a su disposición y siempre cenas, vinos, viajes y todo, por supuesto, gratis, ¿y para qué? Orestes volvió a buscar con la vista al camarero y esta vez tuvo suerte. No te entiendo, tú fuiste la que quiso que viniéramos para acá. Sí, pero yo entonces no sabía. ¿Qué? Que estos tenían dos casas, una arriba y otra abajo, y eso Maite se lo calló, pero no ahora, no, sino todos estos años. Bueno, ¿y qué? ¿Y qué! Olga procuró sonreír. Nada, Orestes, nada; pero créeme una cosa: si lo llego a saber antes y todavía tengo que venir aquí a gastarme un dinero que no tenemos y a dormir en esa tienda como dos pobrecitos, yo no vengo. Ni muerta.

El camarero dejó otra cerveza sobre la mesa y él se apuró en alcanzarla. Bebió largo, como si tuviese mucha sed. Las sombras de las montañas se volcaban ya sobre el campismo. Mira, aquí hay dos caminos: o intentamos pasarla bien o te pones a revolver la mierda, pero que lo sepas, cuando revuelves la mierda, apesta.

La idea se le ocurrió al quinto día. Se le ocurrió de madrugada, mientras escuchaba a Olga orinar junto a la tienda. Entonces pensó en invitarlos a salir. No supo adónde, ni si el dinero les daba para tanto, pero le parecía que estaban obligados. Esperó que ella regresara a su lado y como si murmurase un secreto, le contó de su idea de salir con Maite, Giorgio y Cuquita a una discoteca, por ejemplo. Nada pretencioso, sino solo un detalle como personas agradecidas.

Olga se demoró en contestarle. Pero sí, ella también estaba de acuerdo, qué menos. Y esa misma tarde, mientras Giorgio cortaba el queso y había ese silencio en la mesa, hizo el anuncio. No hace falta, hija, dijo Cuquita, de verdad que no. Insistimos, dijo Orestes, si no es más que un gesto por esta acogida tan cariñosa. No sé, dijo Giorgio, pero yendo hacia Saint Tropez hay una casa que prepara una bullabesa exquisita, podemos cenar allí y luego irnos a tomar unas copas a una terraza. Amor, dijo Maite —y Orestes creyó que le hacía alguna seña a su marido—, queremos otra cosa. Pues las mujeres mandan. ¿Y por qué no vamos, Giorgio, a esa discoteca latina, ¿sabes la que te digo, junto a los muelles de Saint Raphaël? ¿Pero cuándo? Hoy, dijo Olga. O mañana, dijo Maite, a nosotros sinceramente nos da igual, es cuando ustedes quieran. Bueno, dijo Giorgio, si lo hacemos hoy yo tengo una propuesta, ¿a ver qué les parece?

A las seis, dijo, tengo que ir al tren a recoger a Camille, a mi hija, pero antes compro unas ostras, algún vino, unos ahumados y ya en la noche nos vamos todos a esa discoteca, ¿qué tal? Olga sonreía. Yo encantada. Nosotras también, dijo Maite, ya lo sabes. Y ahora —Giorgio miró a su mujer— esta noticia es para ti, hoy conduces tú, ¿te importa? Yerno, no pierdes, dijo Cuquita, y Orestes la creyó feliz. Lo he aprendido con tu hija, ella siempre gana. Maite lo besó. Solo a veces. Todos sonreían.

Después de la comida, Giorgio convidó a Orestes a las compras y al apadero de Anthéor Cap-Roux. Antes de salir, Olga lo acompañó hasta la

puerta y le guardó veinte euros en un bolsillo. Entonces le susurró, no los gastes, ¿vale?

El coche tomó el bulevar Eugène Brioux y Orestes aceptó uno de los puritos Montecristo que Giorgio le ofrecía. Bajaron las ventanillas y el aire se mezcló con el humo, la sal y el olor del combustible. Jorge Drexler seguía en el reproductor. Orestes aprovechó el silencio a que obligaba la música y se entretuvo siguiendo el paisaje de casas, tiendas, restaurantes y jardines que los acompañaba. Tenía la impresión de estar cruzando una gran ciudad y, a su vez, un país del que valía la pena no desentenderse, como si la Riviera o Francia fueran lugares a los que estaría obligado a volver. Y se dio cuenta de lo bien que le sentaba moverse solo por el mundo, incluso cuando el mundo quedaba limitado a unas pocas calles y un apartamento en el que al final volvería a encontrarse con Olga. Pero, mientras, era increíble lo que la libertad se parecía a ese paseo en círculos alrededor de ella.

Aparcaron frente a la pescadería pintada de blanco y azul, donde, según Maite, solía comprar Giorgio, pero no fueron directamente a ella, sino siguieron la acera hasta más allá, donde una tienda de delicatessen en la que a Giorgio lo conocían por su nombre. A Orestes en la pescadería no le habría extrañado, porque se le hacía que incluso en la Riviera te podrías acordar de un cliente que siempre compra ostras y al final, a lo largo de los años, un buen día te enteras de cómo se llama. Pero que también lo conocieran en aquella tienda, donde la gente entraba y salía como si hubiesen llegado por error; de algún modo lo impresionó.

Acostumbraba a comprar en sitios donde todos los clientes eran tan anónimos como él y sí, en su barrio había pequeños negocios, pero nunca entraba en ellos —las razones no venían a cuento, si es que las había—, en su lugar iba a los supermercados: como todo el mundo. Y para qué negarlo, también a él le habría gustado que lo conocieran y alguna que otra vez le hicieran un regalo o le tuvieran esa deferencia con que trataban a Giorgio. Daba gusto. Aunque a decir verdad, a él gustarle ahora que lo vivía, le habría gustado hablar francés. Lástima que a los cuarenta años se fuera haciendo un poco tarde para casi todo.

Otro lugar que le gustaba —aunque no lo conocía— era el norte de España. Se habría mudado para allá, si allá hubiese encontrado qué hacer. Hasta hacía muy poco lo estuvo intentando a través de anuncios en los periódicos e internet, pero nunca lo habían llamado para una entrevista. Esa podía ser su oportunidad, desde allí Francia era el país al otro lado de la frontera y por lo menos ya no viviría tan lejos de su idioma como ahora. Vivir en Madrid lo hacía sentirse atrapado por un mar de tierras amari-

llas, que de alguna manera crean una cárcel tan eficiente como ese mar de corrientes mortales que envuelve la isla y que por años él no se atrevió a cruzar. Cuando dejó Cuba atrás —en el verano del dos mil uno, con treinta y cinco años— lo hizo del único modo que encontró seguro: acostándose con una mujer. Una mujer gorda, con el pelo muy corto, que escribía artículos para un periódico comunista. Se llamaba Lourdes y lo invitó a pasar dos semanas en Palma de Mallorca, pensaba ayudarlo con una exposición, pero él nunca llegó a ir tan lejos.

Observaba a Giorgio mientras compraba y entre las tantas cosas, a él también le habría gustado pagar, tener un gesto privado y comprar un buen vino, unos puros, pero sabía que no era posible. Aparte de los veinte euros de Olga, ahora mismo su tarjeta qué podía tener, ¿siete, diez, ¡doce! euros? El dinero de aquel viaje no solo lo manejaba Olga, sino que se lo había mandado Chema Arzuaga, como otro de los préstamos que ella le pedía cada cierto tiempo. Dos mil cada vez. Y él pagaba puntual, aunque hacía poco la había amenazado con no hacerlo más: este dinero era el último, lo creyera o no. Así que, después de algunas compras para la tienda, ¿qué pudieron quedarle, quinientos euros? Pues con eso habían venido, es decir, con nada.

Orestes tampoco sabía muy bien por qué se apuraba en cargar las bolsas y en llevarlas hasta el coche. Giorgio trataba de impedirselo, pero ya le decía él que no se preocupara, que no era ninguna molestia, al contrario.

Subían hacia el andén cuando vieron pasar el tren de largo. Giorgio apuró el paso. Poco después Camille apareció arriba, en el andén.

Se abrazaron y el padre se ocupó de la mochila. *Egli è il fidanzato di Olga, una cugina di Maite*. La chica dijo hola. Y los tres caminaron hacia el coche. Camille tenía los brazos cubiertos de una lana rubia que se repetía en las mejillas y en las piernas aún sin depilar. Su sonrisa era transparente y Orestes se obligó a mirar hacia otra parte. Llevaba una camiseta a cuadros claros y un short de mezclilla y había algo musical en ese italiano que ellos hablaban. Él no lo entendía, pero le gustaba.

Por lo menos llevaba dos años sin hacer una foto, pero al ver a Camille, regresó a aquella idea de Lourdes de construir la historia del cuerpo de una mujer a través de sesenta fotografías y veinte modelos diferentes. Él tomaría las fotos y ella se ofreció para escribir los textos, así por lo menos tenían una justificación, más allá de la cama, para su viaje de dos semanas a Palma de Mallorca, una isla que aún seguía sin conocer.

Lourdes le llevó a Cuba varios catálogos de artistas que le gustaban y que por supuesto él no conocía: Steve Hans, Eduardo Fiel, Guan Zeju, Jacob Collins, pero sobre todo Gustave Courbet. Antes de sacar una foto tienes que recordar *El origen del mundo*, porque ahí comienza la vida, amor, entre esas piernas y tienes que darte cuenta de la belleza, del asombro, de la naturalidad que guarda ese cuadro y debes hacer por transmitir todo ello no solo a la composición, amor, sino también a las modelos, a las partes fotografiadas de sus cuerpos. Yo confío en ti y sé que sabrás. Nadie que haya nacido en esta isla puede ser indiferente a una mujer desnuda, es imposible.

Ella también conocía a una fotógrafa rusa, a Alina Lebedeva, con la que había intercambiado algunos emails con la idea de hacerle una entrevista y de la que le llevó varias reproducciones. Las suyas eran muchachas escuálidas, visiblemente afligidas y andróginas, que Lourdes encontraba hermosas sin ningún reparo; pero a su vez estaba segura de que él podía superar aquel trabajo y llegar más lejos, quizás no en los desnudos sino en la manera de desentrañar esa armonía secreta que guarda el cuerpo de cualquier mujer. Él era un hombre y a ellas, ante la mirada de un macho, se les alisaba la piel y todo se volvía diferente.

Lourdes y algunas de sus amigas serían las modelos. Ella ya había escogido su papel, sería una nueva *Inspectora de la Seguridad Social durmiendo*, según ese cuadro de Lucian Freud.

Mientras probaba por primera vez el Veuve Clicquot, Orestes pensó en que Giorgio, sin darse cuenta, les había malogrado la invitación de la noche. Tras el champán, los ahumados, las ostras, ¿adónde se podía ir después? ¿A bailar? En una discoteca en la Riviera —daba por hecho— una copa tendría que estar por los quince euros y ellos eran cinco. Así que a nada que se tomaran dos cada uno, sería casi el mismo dinero que podría quedarle a Olga y tampoco ellos podían permitirse pagar tanto por un rato de nada. Ni de broma. Pero vista la mesa que tenían delante, no se le ocurría ninguna excusa.

La brisa vino desde las montañas y arrastró un olor a follaje, que recordaba los helechos húmedos. Maite se inclinó sobre la barandilla de la terraza y llamó a Camille, todavía en el piso de abajo. Estará en su mundo, dijo Giorgio y él también la llamó. El cielo era plomo fundido sobre el horizonte. La chica se asomó al patio, buscó a su padre y le dijo algo. Orestes escuchó el caer de sus palabras y arrinconó la mirada contra la silueta iluminada del hotel. Ya no recordaba la última mujer que lo había emociona-

do. Bebió un poco más. El champán le dejaba un hormigueo de risa en las mejillas. Giorgio tenía razón, su hija no tenía intenciones de subir.

Después de todo esa tarde había tenido suerte. No lo había hecho nunca, pero no sabía por qué se le ocurrió decir que sabía abrir ostras. Giorgio se alegró y se confesó absolutamente torpe con los mariscos. Olga no dijo nada y fue a sentarse en la terraza, como si no quisiera mirar. Los minutos golpeaban en el reloj de la cocina. Pero no fue demasiado difícil. En esta vida todo obedecía a cierta lógica, a cuatro o cinco leyes, y las ostras —como las almejas— también tenían ese punto donde si le hundes la punta de un cuchillo, las dominas.

Giorgio le ofreció un Montecristo y sirvió en copas de balón el mejor ron del mundo: *Zacapa Centenario XO*, guatemalteco. ¡Niño —dijo Olga—, hasta cuándo! ¿Qué tú prefieres, un tipo guapo una vez al mes o uno normalito un par de veces a la semana? Ella rió. ¿Te tengo que responder? Esa es mi teoría, dijo Giorgio, si yo bebiese más, tendría que conformarme pues con eso, con botellas de diez euros, porque yo no soy rico, pero como solo lo hago de vez en cuando, compro una de cincuenta y me sale, fíjate, hasta más barato. Olga aún reía. ¿Me estás queriendo decir algo? ¡No! —Giorgio también rió—, no, para nada. Maite los miraba feliz o eso parecía.

Orestes encendió el puro y se quedó viendo cómo el humo se deshacía azul contra la oscuridad.

Las mujeres los dejaron fumando y fueron a vestirse. Camille se asomó nuevamente a la terraza y llamó a su padre. Orestes paladeó el ron. Tenía un sabor que le recordaba a la madera húmeda, pero era áspero como el del whisky. En el fondo corría como una miel. Era una lástima. Cincuenta euros era a veces todo el dinero que él tenía para un mes. Giorgio y su hija conversaron apenas un momento y ella volvió dentro. Tampoco va a la discoteca, se queda con unas amigas. ¿De por aquí? Sí, son vecinas y se conocen desde niñas, pero se ven casi siempre en verano, y ya te puedes imaginar todo lo que tienen que contarse. La fiesta de ellas dura hoy hasta la madrugada. Orestes volvió a beber e imaginó el grupo de chicas, sus risas, y se sintió viejo, sorprendentemente sucio. A lo mejor empezaba a estar borracho.

Durante la noche, las montañas se cubrían de puntos de luz y desde lejos costaba creer que fueran casas, más bien parecían señales para los aviones.

Hoy es uno de esos días, dijo Giorgio, que lo mejor que puedes hacer es quedarte en casa, ¿no crees? Orestes pensó en el alivio de una cerveza en la terraza del campismo. Si quieres nos quedamos. Con las mujeres no

conviene cambiar de planes a última hora. Unas luces irrumpieron en la carretera antes de llegar al hotel. ¿Por? No sé, supongo que terminan decepcionándose y una mujer decepcionada suele ser muy peligrosa; eso sí lo sé. Giorgio se levantó. Iba a cambiarse. Orestes se sirvió más ron. En el reproductor se escuchaba un disco de Khaled. Tras la curva del viaducto, las luces se convirtieron en un barrido y después apareció un coche bajo y pequeño, que el resplandor hacía rojo.

La Cumbancha no era una discoteca sino un bar con música en vivo. Esa noche cantaba alguien que imitaba a Oscar D' León. Un tipo gordo y alto, con argollas en las orejas, al que acompañaban tres músicos.

El fondo del bar daba a una terraza y esta a un atracadero; desde la barra se veían las siluetas muy blancas de dos yates. Alrededor de la pista había sillas y mesas de mimbre. Giorgio propuso sentarse afuera, pero las mujeres prefirieron quedarse de pie, junto a la orquesta. Aquí hoy bailamos todos, dijo Olga, hasta Orestes. Maite sonrió. Eres terrible. Él sabe que yo lo quiero, ¿verdad, mortadella?

El cantante se movía ágil y tenía una coreografía con el músico que tocaba la guitarra, que los hacía parecer bailarines de cabaret. Orestes se quedó mirándolos un segundo. Como aquel gordo no estuviera doblando, sí que cantaba igual que Oscar D' León, pero clavadito. Los cinco pidieron caipiriñas —una con muy poca cachaza, para Maite— y Orestes pagó los primeros sesenta euros de la noche. Un grupo de entusiastas coreaban las canciones de aquel Oscar D' León y bailaban. Maite, Cuquita y Olga se unieron a él.

Ellos se quedaron a un costado de la barra; detrás, unas chicas esperaban para actuar. Iban con unos trajes cortos, brillantes, y las cuatro tenían lágrimas dibujadas alrededor de los ojos. Orestes removió la caipiriña y bebió. En dos rondas más se le habría ido un dinero que ni siquiera llevaba encima. Miró su reloj. Aún era temprano. El cantante y el de la guitarra se colocaron junto al único micrófono, agitaron las manos como un adiós en el aire y cantaron, *llorarás y llorarás, sin nadie que te consuele, y así te darás de cuenta, que si te engañan duele*. El público también cantaba con ellos. La voz de Olga era la que más se escuchaba. Yo me voy a la terraza, dijo Giorgio, ¿te quedas?

El mar era un agua inmóvil y contenida entre los muros del atracadero. A Orestes se le hacía increíble la cantidad de barcos que había en el Medi-

terráneo, no podía imaginar que fueran tantos. ¿Cuánto tendría que vivir él para llegar a comprar uno, setenta años? ¿Y qué iba a hacer entonces? ¿Naufragar? Giorgio eligió una de las mesas que daban a la acera y se sentó de espaldas al mar. El olor a grasa de motor interrumpía el aroma a lima de las caipiriñas. Orestes se sentó frente a él.

La mirada de Giorgio se iba hacia el final de los muelles. Olga me contó que querías dejar el almacén. Su voz parecía venir de otra conversación. Orestes creyó sonreír. Dice que quieres buscar trabajo como fotógrafo. Pero es difícil, dijo Orestes, hay cosas que a cierta edad ya no suceden. Depende. ¿De qué? Del tipo de fotógrafo que quieras ser, y dos, del tipo de fotógrafo que crees que eres; teniendo eso claro siempre hay tiempo. Ahora, vivir de la fotografía como artista, con todo respeto, no creo que lo consigas. Eso es lo de menos, dijo Orestes. ¿Y qué buscas entonces? No lo sé, tal vez haga una exposición por mi cuenta. Tampoco es mala idea, aunque ya te puedo decir qué va a pasar. ¿Qué? Nada, ¿a quién le importan las fotos de un desconocido? El negocio, como yo lo veo, está en la publicidad o incluso, fíjate, de paparazzi. Los famosos son los otros, no tú. Puede ser, dijo Orestes y bebió. Te lo digo en serio, con un curso de diseño las cosas pueden cambiar; eso te convertiría y no sé si me explico, en un profesional *útil*.

Un camarero cruzó junto a ellos y Giorgio lo detuvo para pedir dos martinis. Invito yo. No hace falta, dijo Orestes. Tranquilo, cuando vengan las mujeres pagas tú. ¿Crees que vendrán? La noche es larga. Los dos hombres sonreían. Yo tengo un amigo —Giorgio alejó la caipiriña hacia el centro de la mesa—, Alfredo Martelli, que es un maestro preparando cócteles. Bueno, para que te hagas una idea: trabaja nada menos que de barman en el Savoy, en Londres. Rara es la vez que viajo allá y no voy a verlo. Él mismo dice que voy solo por sus martinis. Los barcos se perdían en la oscuridad y dejaban la impresión de contemplar el parking de un supermercado. Alfredo y yo hicimos juntos la milicia, después él se fue a Inglaterra y jura que estaba por regresar a Torino cuando conoció a Sanne, la noruega que ahora es su mujer. Giorgio reía. Y la verdad, he pedido estos martinis pensando en él, aunque doy por hecho que no serán lo mismo, Alfredo es un grande; disculpa que no te haya consultado. Da igual, dijo Orestes.

El camarero trajo las bebidas y Giorgio pagó con su tarjeta. ¡El plástico!, casi mejor que los billetes, ¿no crees? Parecía un poco borracho. Así nadie te jode. Orestes asintió una vez más, levantó su copa con cuidado y bebió un pequeño sorbo. Sabía a frescos. Habría preferido una cerveza. Giorgio lo miraba. ¿Qué tal? Él alzó los hombros. No sé. Una brisa corrió hacia el final del atracadero. Giorgio probó su martini y sacudió la cabeza. Para mi

gusto tiene demasiado vermut, ¿lo notas? Puede ser. ¿Un cigarro? Giorgio le ofreció los Montecristo y luego de encender uno, dejó la caja sobre la mesa.

¿Por qué me preguntabas lo de la fotografía? La mirada de Giorgio se incrustaba en la oscuridad. Yo me dedico a la música, lo sabes, y no sé cómo puedo ayudarte, la verdad. Orestes se revolvió en el asiento. ¿Ayudarme? Y volvió a beber de aquel brebaje perfumado. Sí, eso me ha pedido tu mujer. Giorgio no lo miraba, más bien parecía hablar consigo mismo. Por eso te decía lo del diseño, porque quizás por ahí... —chasqueó la lengua—, pero yo vivo en Torino, buen hombre, y tú no hablas italiano. Y balanceó la cabeza. La vida es difícil, ¿no?

Orestes ya no estaba en la conversación; sin darse cuenta, se alejaba por un camino cubierto de una neblina que envolvía las luces de las lámparas, las caras de las personas, las siluetas tan blancas de los yates. Allá, frente a él, Giorgio dejaba escapar palabras como «diseño», «pósters», «cedés»; y sonreía. Él todavía bebió un poco más. El martini era repugnante. Después sintió un vacío en el estómago, algo de mareo y como si se contemplase desde afuera, se vio dejar el asiento, ir hasta Giorgio y golpearlo en la cara. Fue un gran golpe, pero un golpe blando e inexacto.

En el otro recuerdo, Giorgio ya está de pie, lo empuja y está por atacarlo, pero no lo hace. Recoge la tarjeta y el tabaco de la mesa. Infeliz, dice y va hacia el bar. Las miradas, de pronto, han caído sobre él. Se aleja hacia el embarcadero. A su paso solo ve barcos. De pronto, a la izquierda, comienzan a aparecer restaurantes, jardines, personas. Le viene una arcada y el vómito salta sobre la acera. Los pocos transeúntes se apartan.

El campismo amaneció envuelto en una luz gris, a Orestes le dolía la cabeza y tenía resaca. El viento golpeaba contra la tienda. Olga dormía a su lado, de espaldas. Iban a ser las ocho y media. Miró al techo —ahí, al alcance de la mano— y comprobó que la bombilla tenía una mancha negra, como la chispa de una soldadura eléctrica. Se puso un pantalón corto, buscó el neceser del aseo y salió afuera. La palangana donde Olga orinaba estaba a medio llenar.

El silencio aún cubría las tiendas vecinas. A esa hora le iba a costar trabajo encontrar dónde tomarse una cerveza. Bajó las escaleras y cogió la calle hacia los baños. Las autocaravanas eran unos huevos grandes, blancos, en medio de la soledad.

Se lavó la cara, los dientes y hundió la cabeza bajo el grifo. El agua se escurría helada entre el pelo. Al incorporarse sintió que se mareaba. Regresó despacio hacia la tienda, como si no quisiera hacerlo. Colgó la toalla en una cuerda entre los árboles y guardó el neceser. Olga aún dormía. Y lo vio claro, aquel iba a ser un día difícil, pero sobre todo muy largo.

La cafetería aún estaba cerrada. Dejó atrás el campismo y cruzó bajo el viaducto. El mar se veía tranquilo. El gris de las nubes entintaba el agua de un azul aún más profundo, si esto era posible. Las embarcaciones tenían ese aspecto inmóvil de las velas en una tarta. Subió la cuesta de la carretera y entró a la terraza del hotel. Más allá, entre los pinos, se veía la urbanización donde ahora mismo dormían Giorgio y los suyos. Qué lejos. Hizo el intento, pero no consiguió acordarse de Camille.

Lo atendió una mujer vestida con un uniforme del mismo *beige* que el de las paredes. Orestes le mostró un par de dedos. *Two beers*. La camarera lo observó unos segundos. Luego se marchó y regresó con dos botellas y dos vasos. Él dejó que colocase todo sobre la mesa. *How much?* Ella soltó la bandeja sobre una silla y abrió las dos manos. *Ten*. Sus ojos eran negros y redondos.

La bebida bajó fría, analgésica. Aún tenía sueño e intentó apartar la mordorra. Esta es la Riviera, se dijo y se aplicó en terminar la primera cerveza. El aire llegaba húmedo y sobre las montañas el cielo era puro aluminio. La segunda, en cambio, la bebió con calma, como si intentase retardar ese sobresalto en lo hondo del estómago.

Estaba por marcharse cuando comenzó a llover. Caminó sin prisa hacia el campismo. Se sentía algo más borracho, pero también más tranquilo. La lluvia era como una racha de aire empapada de agua de mar. Bordeó la última pila del viaducto y miró hacia la cafetería. Para su tranquilidad, estaba abierta. Eligió una mesa junto a una nevera de refrescos y buscó a alguien tras el mostrador. Llamó, pero no apareció ningún camarero.

Olga llegó antes que el servicio, traía una cara muy blanca, sin maquillar y los párpados hinchados. Tiró con brusquedad de una silla. Cómo la cagas, tío, es impresionante. Él la observó en silencio. Llevaba una blusa rosa y un pantalón negro. ¿Anoche no hablamos? Ella también miró hacia el mostrador. ¿Vas a desayunar? En eso estoy, dijo él, pero aquí no viene nadie. *Please!*, gritó Olga. La mañana era solo aire frío. *Please!*, por favor. Finalmente, un hombre de unos cincuenta años, salió de alguna puerta al costado de la cafetería y fue hacia ellos. Olga le señaló en la carta, quería un café con leche y un cruasán. El hombre asintió. Orestes pidió otra cerveza. ¿Vas a beber tan temprano? Quiero estar tranquilo, ¿de acuerdo? Ella lo miró grave, despacio. ¿Y por eso bebes? No, no exactamente. ¿Y entonces? Las ramas de los árboles dejaron de moverse y arreció una calma que agrandaba los sonidos. Después, un golpe de agua cayó justo en vertical y volvió a batir el aire. Aquí —Orestes miró hacia la barra, por si el hombre acababa de venir de una vez— el único que se pasó y de largo, fue él. ¿Y qué? Ya te lo he dicho, me faltó el respeto y eso no se lo permito yo a ningún hijo de puta. Ella sonrió. ¿Será un decir, no? Orestes sintió el golpe, pero lo dejó correr. Lo que tú digas. Ella suspiró. No sé por qué, pero no te creo ni una palabra. Tu problema. El hombre trajo el desayuno de Olga y además una pinta de cerveza. Vas a empezar temprano, sí, señor.

¿Quieres saber algo? Estoy curada. Si alguien tiene aquí la culpa esa eres tú. Ella dejó caer los cubiertos. ¡¿Yo?! ¿Quién cojones te ha dicho que necesito trabajo? Nadie, lo sé. Del café con leche subía una hebra de humo. Él bebió de la cerveza, sabía amarga. Lo hice por ayudarte, Orestes, por ayudarte, por nada más.

Ella hundió un trozo de cruasán en la leche y lo fue comiendo a pequeñas mordidas, como si no tuviese otra cosa que hacer. Se limpió la boca con

una servilleta y lo miró. Por cierto y antes de que te emborraches, tenemos que cerrar lo de la tienda. No entiendo. Pues deberías. Olga hablaba muy bajo. Necesito tu ayuda. Yo no puedo ayudarte y lo sabes. ¿Por qué? Porque yo soy un emigrante y los emigrantes, por suerte, no somos de confianza para ningún banco. Ella alejó la taza. ¿Cómo puedes ser tan cabrón, tío? Tranquila, Olguita, tranquila. ¿Qué pasa, me vas a pegar para que me calle? No soy yo, son los bancos. Tres nóminas, tu contrato de trabajo y déjame, que yo consigo el préstamo. Afuera, un vacío azul se divisaba entre las nubes y apenas llovía. No. Ella sonrió. Muy bien, como quieras. Se levantó y se quedó parada frente a él. Qué mierda eres, ¿se te olvidó por qué tienes papeles? Él intentó beber. ¿Por qué no te acabas de ir? Necesito tu ayuda. Ya te dije que no. ¿Seguro? Olga se limpió las primeras lágrimas. Pues vamos a ver cuando lleguemos a Madrid, porque esto tú lo pagas, aunque te lo tenga que cobrar Malabia. Él tiró la silla hacia atrás y se paró. Pégame y te llamo a la policía. ¡Maricón!